

¡Oh! ¡cuán tiernas son estas verdades! ¡Y cuán grande luz arrojan sobre la santidad de aquel á quien Jesucristo, el Rey de la gloria, no se avergüenza de tener por Padre! Ved lo que hace entre los hombres, un hijo que no es infiel á la voz de la naturaleza y de la gracia. Suponed que adquiere esas riquezas materiales cuya posesión encanta tan frecuentemente el corazón de los hombres: suponed que se merece alguna gloria por su ciencia ó sus trabajos; y que llegue á algún

nes, como se dice en la bendición de Judá, este *Descedo de las colinas eternas*, como se dice en la bendición de José, debe nacer á la vez, de Judá y de José.

Esto viene á ser aun mas evidente, cuando leemos estas palabras en la bendición de José, en el verso 24 del capítulo XLIX del Génesis: «De él es de quien ha salido el Pastor, la Piedra de Israel. *Inde egressus est pastor, lapis Israel.*» Estas palabras pueden entenderse sin duda del mismo José, ó de las tribus de quien es fundador; mas su sentido natural, (mas claro que el sentido del verso 11, en el cual sin embargo, los intérpretes reconocen al Mesías), parece aplicarse á Aquel sobre quien se edifica toda la Iglesia cristiana, como sobre una Piedra inexpugnable.

Mas ¿cómo pues, será el Mesías Hijo de José, puesto que ha nacido en la tribu de Judá?—Es necesario considerar que José tiene dos especies de hijos: los hijos según la carne y los hijos según el espíritu. Los

puesto eminente que la estimación de sus conciudadanos y el favor del soberano le confiere. ¡Cómo se apresurará á dar parte á su padre de todos los bienes que posee, y que son como un desarrollo de ese primer germen de la vida dado por el padre á su hijo! ¡Cómo le comunicará en cuanto le sea posible, su riqueza y su poder! ¡Y qué satisfacción tan dulce y tan pura hará nacer este reconocimiento en su corazón!

¿Qué hará pues Jesús, en favor del Santo Esposo de su Madre? Y ¿cómo Aquel que se

hijos según la carne, son todos los que nacen por las vías ordinarias de la legitimidad en las familias. Los hijos según el espíritu, son todos los que llevan el nombre de José, este gran Santo de los tiempos antiguos; todos los que de este modo son puestos bajo su protección para ser llenos de su espíritu. Mientras mas fieles son en imitar las virtudes de aquel que se les ha dado por padre, por protector y por guía, más son hijos de José; principalmente si algunas circunstancias particulares vienen á hacer aparecer en sus vidas grandes analogías con la historia de José.

De esta manera, el principal y el mas incontestable de todos los hijos del hermano de Benjamín, es el José de la nueva Alianza; y así es como se cumple la doble profecía del anciano Jacob; porque el Mesías, por su padre José, descende á la vez de Judá, según la carne, y de José, según el espíritu.



ha dado todo entero en los mas duros suplicios por la salvación de sus verdugos, se conducirá para con su Padre? ¿Con qué incomprendibles larguezas recompensará todos los cuidados que San José no ha cesado de prestarle, Él que no deja sin recompensa ni *un vaso de agua fría*? ¿Qué dará por las inquietudes dolorosas que ha causado á este casto Esposo cuando la gravidez milagrosa de María, por las angustias mas duras todavía de la huida á Egipto; y sobre todo, por ese amor del alma, por ese amor secreto que arde tan poderosamente en el corazón de San José, y cuyas grandes llamas no pueden manifestar por fuera todas sus obras exteriores por perfectas que sean? ¿Qué beneficios bastarán á pagar unas deudas tan sagradas, sobre todo, si tenemos en cuenta la riqueza y liberalidad del que debe pagar?

Jesucristo debe á José el cetro de David y el reinado legítimo sobre todo el pueblo de Israel. María no era la legítima heredera de este antiguo poder de David y de Salomón, tan célebre en toda el Asia; esta herencia no le pertenecía, puesto que todavía quedaba en la persona de José, un *hombre* descendiente de esta ilustre familia. El poder soberano recaía en José; y él lo trasmite naturalmente,

como sus otros bienes, á Jesús su heredero, nacido de María su casta Esposa, en un momento en que, por el lazo sagrado del matrimonio está bajo la plena dominación de su Esposo. Mas este ilustre cetro de David, no es mas que el simbolo de otro cetro, incomparablemente mas grandioso, por el cual Jesucristo reina universalmente sobre los *verdaderos Israelitas*, sobre los cristianos esparcidos por todo el mundo. Jesucristo, no temamos decirlo, recibe también en cierta manera de José ese otro imperio mas augusto que debe ejercer hasta el fin del mundo, y después del fin del mundo por toda la eternidad.

José es una *condición necesaria* para la Encarnación del Verbo en la santa Humanidad de Jesucristo. No hay duda que el Verbo Divino necesitaba *una Madre* que fuese digna (1) de recibirle en su seno y de formarle una carne toda inmaculada y toda pura; que fuese digna de alimentarle con su leche y de velar sobre su infancia; mas también era necesario al Verbo hecho carne, *un Padre* que

(1) No hay que admirarse de esta expresión, pues se encuentra muchas en la Bula de la Inmaculada Concepción: *Digna Dei Mater.—Idoneum plane Christo Habitaculum.*



puadiese resguardar la reputación de María; consolarla, protegerla y conducirla; que pudiese prestar al Hijo bendito de sus entrañas esos mil servicios que una *viuda* no es capaz de cumplir. Era necesario al Verbo Encarnado un Padre que supiese llenar todos estos oficios tan augustos, de una manera digna y conveniente, con todas las virtudes y toda la santidad que reclamaban la Divinidad del Hijo y la incomparable perfección de la Madre. En tanto que José, el mas puro, el mas justo y el mas ilustrado de todos los hombres; en tanto que José no estuviese allí, la Encarnación permanecía imposible, y la naturaleza humana no podía convenientemente ser asumida por el Verbo Hijo de Dios.

Jesucristo, según su humildad, debe pues á Señor San José, no solamente el cetro del poder temporal sobre toda la raza judía; sino también en cierto modo, la unción misteriosa de la Divinidad que le hace Monarca soberano sobre todos los hijos de los hombres. ¿Qué dará el Salvador á José para compensar unos beneficios tan preciosos?

Los otros santos, en su mayor parte han recibido gracias que los *ordenan* á la Iglesia. El glorioso Apóstol de los gentiles, San Pablo, tiene por misión anunciar la palabra di-

vina á aquellos que no la conocen todavía. San Pedro, el príncipe de los apóstoles, es escogido por el Señor para ser el fundamento inexpugnable sobre el cual es edificada la Santa Iglesia, para confirmar á sus hermanos en la fé, y para apacentar los corderos y las ovejas de Jesucristo. Es verdad que estas funciones son muy sublimes; y no hay duda que Dios conduciéndose siempre con esa Providencia que proporciona los medios á los resultados que hay que obtener, ha concedido á San Pablo, á San Pedro, y generalmente á todos aquellos cuyo ministerio tiene por fin la salvación de las almas, gracias grandes y muy poderosas que les ayudan á desempeñar dignamente sus funciones.

Sin embargo, no creemos apartarnos de la verdad, si decimos que Señor San José ha recibido todavía más; porque este Santo es *ordenado* por Dios, no á defender ó á gobernar la Santa Iglesia; sino á proteger y á conducir á la Santísima Virgen y á su bendito Hijo Jesús.

Y ¿cuál es mas digna y mas perfecta, la Virgen María, por sí sola, Madre del Hijo de Dios, ó la Iglesia universal extendida sobre toda la faz de la tierra, desde el Paraíso terrenal hasta los días en que Jesucristo ven-



drá sobre las nubes para juzgarnos? Ya lo hemos dicho en otra parte: María, sola, es muy superior á todos los ejércitos celestiales; y si los santos y los ángeles considerados en sí mismos, son *oro precioso*; en su presencia, y comparados con la Santísima Virgen no son mas que *un poco de arena*. (1) ¿Cuál, á nuestro parecer glorifica mas á Dios, toda la Iglesia de los fieles, de los bienaventurados y de los ángeles, ó bien la sola Humanidad de Jesucristo? Ciertamente que la sola Humanidad de Jesús, tributa á Dios mas servicios, mas adoraciones y homenajes, que todos los santos juntos; y lo que toda la universidad de las celestiales falanges no podría cumplir ó merecer durante toda la sucesión de los siglos, Jesucristo solo puede obrarlo ú obtenerlo en un momento, por la menor de sus acciones á las cuales la unión del Verbo da un valor que los teólogos no temen llamar *infinito*.

Ahora bien: mientras que los otros santos están ordenados á la dirección de la Iglesia; y los más á una pequeñísima fracción de ella; Señor San José, y solo él, está ordenado á la

(1) Ricardo de San Lorenzo: *Lib. II. Part. III, de Laudibus Beatæ Virginis*.—Alusión á este texto de la Sabiduría: *Omne aurum in comparatione illius arena est exigua*. (Sap., VII).

dirección de Jesucristo entero y de María, toda entera; y esto durante treinta años. Pues si las gracias de los otros santos son tan grandes ¿qué debemos pensar de la gracia que conviene á San José? ¿Qué demos pensar de la prudencia, de la fé, del respeto y del amor de que debe estar lleno, para mandar dignamente á María, á Aquella á quien *todas las voces de los ángeles y de los hombres no bastan á celebrar?* (1) ¿y para mandar dignamente á Jesucristo, que no cree hacer una injusticia llamándose igual á Dios? (2)

Digamos, pues, por conclusión, que después de la augusta María, que no debe ser comparada á ningún santo, porque forma con Jesús un *orden aparte*; después de la augusta María, Señor San José, todo inundado de de la divina gracia, ocupa el primer lugar entre todos los otros santos. (3)

(1) Ex Bulla Immacul. Conceptionis.

(2) Philip., II.

(3) Parece que puede oponerse á esta *conclusión* una *gravísima* autoridad, puesto que es la autoridad del mismo Jesucristo. Cuando los discípulos de Juan Bautista fueron á Jesús, y cuando se hubieron alejado después de haber sido testigos de sus milagros, dijo nuestro Señor á la multitud que permaneció cerca de Él para escucharle: "En verdad os digo: entre los